

Un príncipe senegalés y su acompañamiento

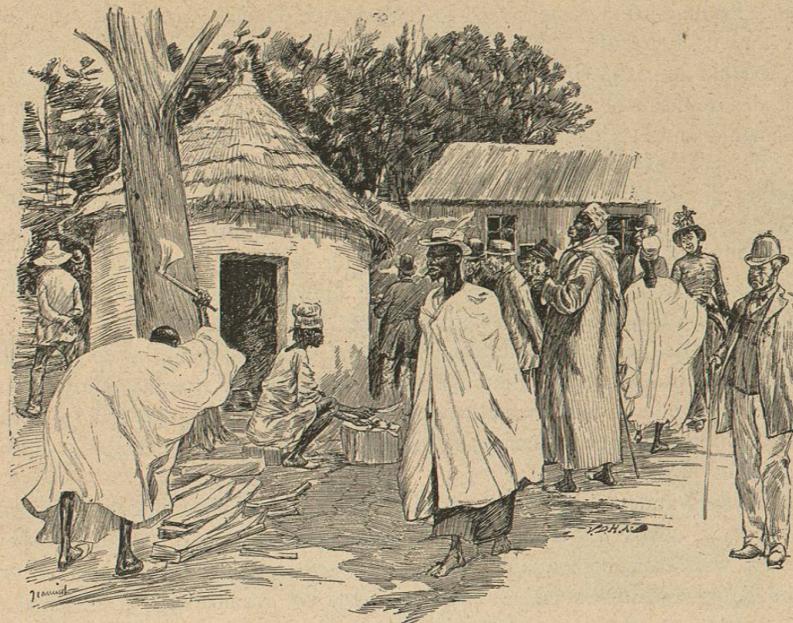
EL VILLAJO SENEGALÉS

A espaldas del palacio de las Colonias se alza una torre extraña, enigmática, que tiene algo de castillo, de alquería y de minarete, con barbacanas y ventanas verdes: es la torre de Saldé, reducción fiel de la fortificación construída en otro tiempo en la isla de Morfil, en la parte media del río Senegal, por el general Faidherbe y el capitán de ingenieros Fulcrand. Deslumbradora como una construcción moruna, plácida y tranquila, parece bajo las empolvadas hojas de los árboles, el sueño realizado de un rentista enamorado de una Edad media romántica.

A la derecha se desarrolla una faja de murete atravesada de aspilleras, flanqueada de torretas, recinto de un villajo indígena fortificado. Atravesándolo por una especie de reducto, medio casamata, medio gallinero, se penetra en el caserío.

Saliendo de la exposición del Ministerio de la Guerra y olvidando que existen aún bajo el ecuador guerreros que no saben nada de cañones, de melinita ni de fuertes revestidos, no puede uno menos de sonreírse del anacronismo, contemplando con humanitario pesar esa amable torre y esos muros irrisorios, á cuyo entorno la espada de la Tabla Redonda y aun el hacha del gran Ferré se avergonzarían de consumir sus legendarias hazañas.

Y sin embargo la tierra del Senegal es una tierra sagrada, regada con la sangre de



Entrada del villajo senegalés

nuestros héroes oscuros, y ese *blockhaus* de Saldé, cuya imagen se nos muestra, merece que se le salude, no con palabras triviales. ¿Habéis pensado alguna vez en los soldados que la patria envía allende los mares á guardar nuestras abrasadoras colonias? En fortines como este es donde se alojan: sobre sus cabezas ondea la bandera tricolor en aquella atmósfera deslumbradora y pesada, y piensan en sus amados ausentes, en la lejana quinta, en el blanco camino que conduce al lugar.

Fuera de esto, los rodean mil peligros: después de la estación tórrida, viene la estación de las lluvias; hay que temer á las fieras y tener á raya á las tribus enemigas. Y el sentimiento que nos posee desde luego en presencia de este lugarejo exótico aleja de nuestro ánimo toda veleidad de ironía.

En este lugarejo no hay dos viviendas semejantes: vienen á ser en confusión las muestras más variadas de las habitaciones propias de cada tribu, constituyendo un abigarrado conjunto en que no han de buscarse costumbres comunes, que no existen, como se comprende desde el primer golpe de vista. No hay un techo de hogar que no sea pariente lejano del techo vecino, ni una pared que no esté construída con los mismos materiales, y sin embargo, no se ven dos hogares, cuyos utensilios igualmente rudimentarios parezcan reflejar una existencia idéntica, trabajos ni intimidades homogéneas.

Sería trabajo largo describir cada una de estas viviendas con minuciosidad tan escrupulosa como la empleada por los constructores del villajo. Limitémonos á enumerar rápidamente las principales: la casa de los Uolofs, adornada exteriormente con redes y pieles de tiburón; la de Futah-Djallon, construída con tierra seca y circuída por una veranda

circular; la de Cumpan, construída por los indígenas de San Luis y guarnecida con muebles á la europea; la del Cayor, cuyo techo se retuerce graciosamente por su base; la tienda de los moros Trazzas, formada de telas en que domina el color amarillo; la tienda de los cautivos, fabricada con viejas correas cosidas en los Saharas; el *gurbí* de los peulhs, pueblo de pastores; en fin la vivienda más notable de todas, la casa Bambara: sus paredes de tierra cuyo remate se recorta en siluetas simétricas, su puerta coronada de ornamentaciones singulares, la diadema que exorna el vértice del edificio dibujando proas y medias lunas, revelan una arquitectura ingenua, un sueño muy borrado, inconsciente sospecha de las habitaciones y pagodas del Indostán: en estas paredes se ven figuras groseras, asuntos ecuestres y monstruosos cocodrilos. Enfrente de esta casa que sirve de cocina al villajo, hay una especie de recinto formado por un murete dentado en su remate y con rosetones en medio: es la mezquita, el oratorio familiar que hace edificar en el patio de su casa cada musulmán un poco acomodado.

Al extremo del lugar se ha hecho un gallinero, un granero, un horno y una especie de mirador construido sobre estacas, que sirve de toldilla al guarda de los cultivos, el cual puede agitar desde allí, para ahuyentar los pájaros, un singular espantajo sobre el que, sin la inscripción que lo acompaña, podrían conjeturar mucho tiempo ingeniosas sociedades de arqueólogos.

Debajo de grandes tinglados de tablas están encerrados los animales: una docena de bueyes y vacas cuyos larguísimos cuernos parecen estirarse en sus graciosas curvas. Tienen una giba en el arranque del cuello, la cabeza prolongada y el hocico encorvado. Nada en estos animales del alto Senegal recuerda los grandes ojos que reflejan como sombríos estanques, el carácter dulce de nuestras razas bovinas de Bretaña y de Normandía.

En otro departamento están el antílope con su mirada de mujer, sus formas esbeltas y su capa gris; un caballo de poca alzada, fino y ligero, algunos carneros, un macho cabrío con una barba inverosímil y cabras pequeñitas é inmóviles, que se creerían de madera fabricadas en Nuremberg.

En las casas no se observa nada particularmente característico: muebles y utensilios de barro, vagos divanes, cobertores y esteras. La cuna del niño que adorna la tienda de los moros Trazzas, los grandes pilares de madera esculpida que flanquean las puertas de entrada, asadores y ollas de hierro constituyen todo el mueblaje de todas estas exóticas viviendas.

En las cuatro salas de la torre de Saldé es donde hay que ir á buscar las producciones, los objetos domésticos, la expresión del arte indígena: en medio de la semilla de insectos, de las gomas, de las frutas y de los aceites, vese una confusión de armas extrañas, de jaeces de caballo, de riendas de cuero rojo, de sillas de moros y sillas de princesas. Grandes escudos de piel de hipopótamo adornan las paredes mezclados con cascos guardados de conchas rojas, con lanzas y arcos; instrumentos de música, flautas mandingas, arpas y tambores monstruosos.

Todo esto tiene un carácter á la vez comercial y artístico que interesa por su misma sencillez: al lado de un canastillo de fruta un fetiche esculpido y junto á un saco de sal marina un cuerno de pólvora ó bien un látigo ricamente adornado.

Pero lo que más nos ha llamado la atención en esta visita á la torre y á la exposición senegalesa del palacio central de las Colonias es la sección de esculturas: fetiches, hombres y mujeres generalmente sentados, de mirada y expresión tranquilas: la madera blan-



Músico y zapatero remendón

ca suele decorarse de colores, y los indígenas de Porto Novo tienen la costumbre de añadirles cabellos y barbas postizas; y grupos también: cuerpos enlazados, figuras repulsivas de cariátides atormentadas, ciertas esculturas representando bacantes y Gigoñas no menos repulsivas, de ojos redondos, figurados á menudo por clavos, de pechos lacios y puntiagudos, caídos á lo largo de los brazos.

El rey Tofa ha enviado una especie de retablo que representa una escena fantástica, una visión horrible de un sueño religioso, mientras que el rey de los nalus, Dinah-Salifú, expone en el palacio central grandes estatuas de ébano, más hieráticas y tranquilas, de una anatomía igualmente sumaria, pero de un arte más refinado.

Los senegaleses se han acercado á la naturaleza, sobre todo, esculpiendo máscaras. No quiero recordar más que una, puesta en un rincón de la torre: es una máscara pálida, audazmente dibujada, de labios revueltos y abultados y ojos oblicuos coloridos de azul claro. Esta máscara es á buen seguro un retrato: el senegalés que la esculpiera, sincero como esos artistas desconocidos que en la Edad media exornaban nuestras catedrales, hubo de esforzarse en reproducir escrupulosamente la fisonomía de un vecino, de un amigo, de facciones vistas desde la infancia, de carácter y de corazón bien conocidos.

A pesar de su diferencia de orígenes, los senegaleses que habitan el villajo tienen entre sí semejanzas incontestables. De estatura superior á la de los europeos, tienen amplio

pecho y miembros muy musculosos: su cabeza un tanto echada atrás deja ver la frente redonda y reluciente; tienen los ojos vivos, y los labios, gruesos y firmes, forman en el perfil una saliente enérgica.

Los indígenas visten amplia y lacia cotonada, que no carece de elegancia. Están fabricadas en Europa, pero teñidas allá de colores ora sobrios, ora espléndidos, siempre de un tono distinguido. Grandes mantos ó capas de indiana, las *bubas*, cubren todo el traje, añadiendo aún amplitud á su gran corpulencia. Una especie de cobija, que recuerda la forma del fez de los musulmanes, les cubre la cabeza de cabellos lanosos y finos como líquen.

Las mujeres se envuelven los cabellos con turbantes de indiana, que se asemejan á las marmotas ó pañoletas de nuestras briardas. Aparte de las bujerías de vidrio enviadas de nuestros países, los hombres y las mujeres llevan al cuello, retenidos con lazos, unos amuletos compuestos de unas bolsitas de cuero duro, bien cerradas, que contienen, ya versículos del Corán, ya misteriosas composiciones, aleaciones mágicas que tienen la virtud, según ellos, de preservar de enfermedades y heridas: en este último caso se llama el amuleto *gris-gris*.

¡Cómo vive realmente toda esta gente! ¡Cómo toda esta pequeña colonia parece moverse y agitarse sin extrañeza en este villajo de exposición! Los tipos más variados, las manifestaciones más diversas de la existencia ordinaria se ofrecen allí al público. En el umbral de una casa, un derviche de largos cabellos y redondos anteojos, un San Jerónimo senegalés, traza gravemente caracteres concienzudos, copia de antiguos manuscritos de su país, manuscritos cuyas capitales son de colores tan netos y delicados como los que en otro tiempo transcribían nuestros escribas.

Allá se ve un pastor peulh, de expresión doliente y soñadora, con el pelo en finas trenzas anudadas por debajo de la barba, el cual pastor anda errante al compás de ovejas y en su guarda.

El trabajo, la industria revive en cuatro talleres minúsculos: el de Balla, el tejedor uolof, el de un zapatero, de un joyero de San Luis, que minuciosamente cincela sortijas, compone filigranas, fabrica con plata y oro virgen joyas indígenas, y también alfileres y cadenas de reloj para los papanatas. Bakiri, herrero *sara kolé* en Bakel, hace funcionar su fuelle de fragua, pero se limita á incrustar hábilmente ornamentaciones de plata en bastones de ébano de fácil venta. El trabajo se hace lentamente, sin revelarnos actitudes desconocidas, y los movimientos son fáciles, amplios y armoniosos.

Todos los días, tres músicos del rey Dinah-Salífú dan un concierto en medio del villajo, sirviéndose del balafón, especie de xilófono. Es una serie de laminas de madera dura, que progresan siguiendo la escala y reposan en otras tantas calabazas, de tamaños diferentes, hábilmente dispuestas. Cuando se hiere el instrumento con sus palillos produce sonidos muy particulares, notas ya metálicas, ya cristalinas, siempre dulces y tristes, aun cuando sean ruidosas.

Los indígenas ejecutan en estos instrumentós aires nacionales, danzas, marchas guerreras: el motivo es casi siempre el mismo, y el conjunto precipitado siempre é interrumpido como en toda la música oriental.

Fuera del villajo, han establecido los piragüeros su astillero. A punto de navegar por el Sena repintaban sus piraguas, cuando yo los visité; adornaban la proa con inscripciones árabes y pintaban los costados de blanco con adornos amarillos y oscuros. En estos largos esquifes, de tablas, si son piraguas de río, y vaciados en troncos de árboles, si son

piraguas de mar, arrostran estos marinos y pescadores, menospreciados por los demás indígenas, las borrascas de la costa y las rompientes y barras de los ríos. Hombres de gran vigor, de habilidad y consumada prudencia, perecerían todos, según me aseguraba el administrador Noirot, antes que dejar que se ahogara el pasajero que llevan á bordo.

Estos piragüeros se parecen muy poco á sus compatriotas; tienen el tipo de su oficio, y á no ser por su color y por las exageraciones del físico de su raza, se asemejarían en sus facciones y andar á los marineros de las costas europeas; las mismas barbas, los mismos ojos hundidos, los mismos pómulos salientes. Hasta su traje nos recuerda la vida marítima que conocemos: usan ropa oscura de corte francés, y gorros cuya manga cae á un lado, como las barretinas catalanas, los gorros bretones y los de los marinos de Haydea.

Los indígenas que habitan el villajo no son los únicos senegaleses venidos á la Exposición: casi todos los príncipes y todos los jefes de tribus poderosas han enviado á sus hijos á París. Con esto pueden verse pasear en la Explanada hasta unos quince jóvenes y niños, acompañados siempre de sus sirvientes, exactamente de la misma edad que sus amos: el príncipe Latagarán y su sirviente Mondiuquí tienen quince años ambos á dos.

Y todo este pueblo se mueve, corre, ríe, charla, sin que los moleste ni espante la multitud, á cuyas preguntas sólo contestan desdeñosamente. Muy atentos por otra parte, cuando se les presenta alguien en las formas requeridas, son naturalmente altivos estos jóvenes, y estimulando aun su amor propio la excitación teatral y el bullicio de la Explanada, se acuerdan siempre de que son hijos de reyes.

M. Noirot, con el almirante Vallon y nuestro excelente colega Laumann, ha organizado con mucha inteligencia la instalación senegalesa y tenido la bondad de acompañarme al restaurant anamita, donde almorzaban estos príncipes. Habían tomado, sin embargo, una resolución revolucionaria: los domésticos se sentaban desde entonces á la mesa con sus amos. Al principio repugnaron algunos de estos señoritos la innovación por su carácter igualitario; pero habiéndoles expuesto M. Noirot una bella teoría sobre el culto que se da en Francia á la democracia, todo entró en orden y no han sido menos alegres las comidas.

Es de ver el espectáculo de todos estos jóvenes cubiertos con sus gorros de Fez, sin interrumpir su lucha con las viandas del restaurant sino para cambiar sus rápidas impresiones y reanudar una conversación interrumpida momentáneamente por una cucharada de arroz.

Su apetito acabó por disgustarme, y viéndolos masticar con afán vagos *rosbifs* é



Uno de los jóvenes príncipes senegalés